



## Piedad popular, Mística popular y Pastoral Urbana. Sus vinculaciones según el Documento de Aparecida

Jorge R. Seibold S.J. \*

### Sumario

El autor demuestra que existe un vínculo muy estrecho entre piedad popular, mística popular y pastoral urbana. Se apoya, de manera particular, en las conclusiones de Aparecida. La originalidad de este artículo radica en el tratamiento que el autor le da al tema de la llamada mística popular, en el cual es experto y abanderado en la Iglesia.

**Palabras clave:** Piedad popular, Mística popular, Pastoral urbana, Aparecida.

207

medellín 138 / junio (2009)

\* E-mail: [jseibold@fcias.com.ar](mailto:jseibold@fcias.com.ar)



### **Sumário**

O autor demonstra que existe uma ligação muito estreita entre a piedade popular, mística popular e pastoral urbana. Apóia-se, de maneira particular, nas conclusões de Aparecida. A originalidade deste artigo está no tratamento que o autor dá ao tema da chamada mística popular, sobre o qual é perito e é reconhecido na Igreja.

**Palavras chave:** Piedade popular, Mística popular, Pastoral urbana, Aparecida.



## Introducción

**N**os proponemos en este trabajo mostrar, en perspectiva fenomenológica, tal como lo presenta el Documento de Aparecida (DA), las íntimas vinculaciones existentes entre Piedad popular, Mística popular y Pastoral urbana<sup>1</sup>. El poner de manifiesto las vinculaciones esenciales, que se dan entre estas tres consideraciones, es de extrema importancia, dado que habitualmente a estas tres realidades se las considera de un modo independiente y sin ninguna estrecha vinculación entre ellas. Creemos que el DA ofrece pistas interesantes a tener en cuenta para vincular de un nuevo modo estos tres acontecimientos.

Nuestro aporte se desplegará en tres momentos. En el primero veremos cómo se muestra, en este DA, el fenómeno de la *“piedad popular”* o *“religiosidad popular”*, que caracteriza a buena parte de nuestros pueblos Latinoamericanos y Caribeños. Lo haremos desde una óptica fenomenológica atendiendo de un modo especial a las ricas y profundas experiencias que viven esos pueblos al encontrarse con el Misterio del Dios vivo, que les sale al encuentro.

En un segundo momento, trataremos de ahondar en las raíces místicas de la *“piedad popular”* para mostrar fenomenológicamente la emergencia de la *“mística popular”*, que el DA señala, por primera vez en el Magisterio de la Iglesia Latinoamericana y Caribeña, como una de las nuevas dimensiones del *“catolicismo popular”*. Lo haremos

---

<sup>1</sup> Nosotros citaremos la edición del DA publicada por Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) en su segunda edición de agosto 2007, siguiendo la numeración lateral de sus párrafos.



de la mano de lo que el mismo DA denomina “*espiritualidad popular*”, que hace como de nexo entre la “*piedad popular*” y la “*mística popular*”, tal como más adelante mostraremos.

En el tercer momento, consideraremos, a continuación, lo que Aparecida llama la “*nueva pastoral urbana*”, pero sólo en tanto esté ligado a la “*mística popular*” y la “*piedad popular*”, aspectos que de ningún modo pueden ser obviados cuando se plantee esta nueva pastoral de la ciudad. El DA pone de manifiesto el “*misterio de Dios*” que habita en nuestras ciudades, misterio que se encarna y oculta en su diario vivir, y en las diversas manifestaciones de la “*piedad popular*” y de la “*mística popular*”. No habrá una genuina pastoral urbana si no se atiende a la interconexión de estos diversos fenómenos. De este modo quedará mostrado en su evidencia cómo están íntimamente vinculados entre si estos fenómenos de la “*piedad popular*”, la “*mística popular*” y la “*pastoral urbana*”.

Finalmente, en la conclusión, esbozaremos algunas reflexiones que nos puedan ayudar a reafirmar este nuevo ver espiritual y fenomenológico de un modo más unitario y sin simplificaciones aberrantes que nieguen la diferencia de estos fenómenos y que a su vez nos permitan ver las íntimas correlaciones, que ellas tienen, gracias a sus mediaciones. Esta toma de conciencia ayudará enormemente a la Iglesia Latinoamericana y Caribeña para asumir los nuevos desafíos que le impone la nueva evangelización y la “*Misión Continental*”, que Aparecida ha propuesto a todos.

## 1. La “Piedad popular” en Aparecida

El tema de la “*piedad popular*” o “*religiosidad popular*” es tratado en el Documento de Aparecida en el capítulo 6 titulado “*El itinerario formativo de los discípulos misioneros*”. Como ya es conocido el DA pone mucho énfasis en esta dupla “*discípulo-misionero*” como característica fundamental de los miembros de esta comunidad de fieles llamada Iglesia y que peregrina en Latinoamérica y el Caribe. Nuestro tema es desarrollado en su detalle en el apartado 6.1.3 del DA, a partir del n. 258, titulado: “*La piedad popular como espacio de encuentro con Jesucristo*”. Ya el mismo título nos adentra en la naturaleza del fenómeno de la “*piedad popular*”, que no es un fenómeno meramen-

te natural y externo, sino que brota del “*encuentro con Jesucristo*”, como expresión de una experiencia profunda donde el fiel no sólo se comunica con Él, sino que todavía más se une y se transforma en Él, en un verdadero y pleno encuentro personal y eclesial.

Ya el tema de la “*religiosidad popular*” fue ampliamente tratado en el Documento de Puebla (DP), que condensó en 1979 los resultados de la III Conferencia General de los Episcopados de América Latina y el Caribe. El tema será retomado, luego, por la IV Conferencia de Santo Domingo de 1992, haciéndose más hincapié en la problemática de la inculturación. Finalmente la V Conferencia de Aparecida en el 2007 lo tratará, pero con nuevas y profundas perspectivas, que ahora deberemos explicitar.

Para ello vayamos directamente al párrafo 6.1.3 del DA. El primer número de este apartado, el n.258, está destinado a valorizar la “*piedad popular*” de nuestros pueblos Latinoamericanos y Caribeños. Comienza con las mismas palabras que pronunciara el Santo Padre, Benedicto XVI, en su discurso inicial a la Conferencia de Aparecida al subrayar la “*rica y profunda religiosidad popular, en la cual aparece el alma de los pueblos latinoamericanos*”<sup>2</sup>. En esta religiosidad popular ya se manifiesta el “*alma*” de nuestros pueblos, pero más adelante el DA mostrará que también se transparenta algo todavía más profundo como es el “*habitar de Dios*” en el corazón de estos pueblos. Para el Santo Padre esta religiosidad es el “*precioso tesoro de la Iglesia Católica en América Latina*” (Ibid). La piedad popular no es algo meramente exterior y secundario, sino un “*precioso tesoro*” donde se expresa el profundo sentir del pueblo en su relación con Dios. De aquí la necesidad de “*promoverla y protegerla*” (Ibid.). Ella no es patrimonio de un solo sector social, sino ella se halla presente “*de diversas formas en todos los sectores sociales*” (Ibid). Por ello es más bien patrimonio de “*una multitud que merece nuestro respeto y cariño*”, no por su número, sino, porque su piedad “*refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer*” (Ibid.)<sup>3</sup>. Siempre será la “*experiencia espiritual*” de Dios la que califica y que es patrimonio eminente de los “*pobres y sencillos*” de Espíritu. Por

<sup>2</sup> Discurso Inaugural de su Santidad Benedicto XIV en Aparecida el 13 de mayo de 2007 (DI,1).

<sup>3</sup> Aquí el DA cita a la Evangelii Nuntiandi ( EN 48) de Paulo VI. .



esta razón la Conferencia de Puebla llegará a afirmar que la *“religión del pueblo latinoamericano es expresión de la fe católica. Es un catolicismo popular”*<sup>4</sup>. Y que por ser *“popular”* estará *“profundamente inculturado”* y compenetrado con los valores más propios de la *“cultura latinoamericana”*.

En el comienzo del siguiente número, el 259, el DA enumera toda una serie no exhaustiva de *“expresiones”* o prácticas características de esa *“piedad popular”*. Luego un poco más adelante hace una preciosísima descripción fenomenológica de una de esos *“expresiones”* populares como es la *“peregrinación”*. Veamos en primer lugar la enumeración de alguna de esas prácticas:

*“Entre estas expresiones de esta espiritualidad se cuentan: las fiestas patronales, las novenas, los rosarios y vía crucis, las procesiones, las danzas y los cánticos del folclore religioso, el cariño a los santos y a los ángeles, las promesas, las oraciones en familia”*.

Esta enumeración de estas prácticas es sólo indicativa, de ningún modo quiere agotar la variedad y cantidad de esas prácticas, tal cómo se dan en el rico e inagotable acervo religioso-cultural de nuestros pueblos. Lo interesante de esta cita es que el DA llama a tales prácticas *“expresiones de esta espiritualidad”*. Es un mismo *“Espíritu”* el que genera, recorre y anima a tales prácticas. En cada una de estas *“expresiones”* se manifiesta con diversas acentuaciones y experiencias la piedad del Pueblo de Dios.

A continuación el DA elige a una de ellas como es la *“peregrinación”* para mostrar las ricas y diversas vivencias que un fiel puede sentir y vivir al peregrinar a algún Santuario. De hecho los Obispos reunidos en Aparecida, según varios testimonios dados en esa Asamblea, se conmovieron al ver la fe y la devoción de la multitud de peregrinos que diariamente entraban y salían del Santuario de Aparecida, ya que la sala de reuniones estaba en las inmediaciones del Templo, en el mismo subsuelo del Santuario. La descripción de la peregrinación es muy vivencial y debió ser extraída de la misma experiencia peregrinante. Es, además, una excelente muestra de este

<sup>4</sup> Aquí el DA cita al Documento de Puebla (DP444).



acercamiento fenomenológico que nosotros intentamos mostrar, no sólo por la minuciosidad de su descripción, sino aún más por la hondura de los sentimientos que allí se expresan y que nos hablan de una profunda experiencia de Dios. Vayamos al mismo texto para valorar todos esos matices experienciales que contiene:

*“Allí (en la peregrinación), el creyente celebra el gozo de sentirse inmerso en medio de tantos hermanos, caminando juntos hacia Dios que los espera. Cristo mismo se hace peregrino, y camina resucitado entre los pobres. La decisión de partir hacia el Santuario ya es una confesión de fe, el caminar un verdadero canto de esperanza, y la llegada es un encuentro de amor. La mirada del peregrino se deposita sobre una imagen que simboliza la ternura y la cercanía de Dios. El amor se detiene, contempla el misterio, lo disfruta en silencio. También se conmueve, derramando toda la carga de su dolor y de sus sueños. La súplica sincera, que fluye confiadamente, es la mejor expresión de un corazón que ha renunciado a la autosuficiencia, reconociendo que solo nada puede. Un breve instante condensa una viva experiencia espiritual”<sup>5</sup>.*

Este hermosísimo texto ilustra por demás la “*espiritualidad*” que anima a esta práctica devocional de la peregrinación. Ya puede verse allí que esa práctica no es meramente un hecho exterior llevado a cabo por el peregrino. Sino que al contrario es un acontecimiento de fe y fruto del accionar del Espíritu en el alma de los peregrinos que se expresa a través de innumerables signos sensibles, algunos de los cuales están excepcionalmente anotados en esta presentación. El peregrino al peregrinar “*celebra el gozo de sentirse inmerso en medio de tantos hermanos, caminando juntos hacia Dios que los espera*”. Su experiencia gozosa es al mismo tiempo experiencia de Dios y de sentirse “*inmerso*” en la columna de muchos “*hermanos*” en la fe que caminan junto a él. Incluso el peregrino suele sentir, a semejanza de los discípulos de Emaús (cfr. Lc. 24, 13-35), la presencia de Cristo que “*se hace peregrino y camina resucitado*” junto a él y los pobres que lo acompañan. Pero esa experiencia se enriquece y se diversifica a medida que la peregrinación se despliega en diferentes estancias o etapas. La primera será “*partida*” y todo lo que allí acontece, luego se prosigue en el mismo “*caminar*” y culmina en su

<sup>5</sup> DA, nº 259.



*"llegada"* al Santuario. Nuestro texto califica a esos momentos del peregrinar como una *"confesión de fe"*, un *"canto de esperanza"* y un *"encuentro de amor"*. Los peregrinos sienten intensas vivencias interiores y espirituales a lo largo de todo su peregrinar, desde su partida hasta su llegada. Pero el texto se detiene con peculiar interés en el *"término"* de la peregrinación cuando ya el peregrino ha entrado en el Santuario y se encuentra ante la imagen de su devoción. Allí la *"mirada del peregrino se deposita sobre una imagen que simboliza la ternura y la cercanía de Dios"*. A través de sus sentidos espiritualizados por su fe y amor, frutos del Espíritu, el peregrino se siente transportar a lo más íntimo del Misterio que lo acoge. En ese momento tiene la certeza de que el *"amor se detiene"*. La presencia donante de Dios le hace *"contemplar el misterio"* y *"disfrutar en silencio"*. Todo ello hace que se *"conmueva"* hasta las lágrimas y que en ellas derrame *"toda la carga de su dolor y de sus sueños"*, las que ha traído por sí y por otros. Es recién entonces que puede balbucear su *"súplica sincera"*, que le comienza a fluir *"confiadamente"*. Esta oración es la de un corazón que ha renunciado a sí haciéndole reconocer que *"solo nada puede hacer"*. Y el texto se cierra con la importante constatación de que toda esa experiencia ha sido en su verdad una *"viva experiencia espiritual"*.

El número siguiente, el 260, está dedicado a explicitar en qué consiste esta *"experiencia espiritual"* del peregrino. Puede decirse que en todo su peregrinar, pero más todavía cuando el peregrino se encuentra en el Santuario frente a la imagen de su devoción *"vive la experiencia de un misterio que lo supera"*. El centro ahora ya no es él, sino el Misterio de Dios, que no sólo lo excede por su *"transcendencia"*, sino que también le hace tomar conciencia de su pertenencia a la *"Iglesia, que trasciende su familia y su barrio"*. De aquí la importancia de los Santuarios como lugares sagrados en los que Dios se manifiesta y se da a sentir a los peregrinos que allí se dirigen para alcanzar alguna gracia y vivir una intensa experiencia espiritual en la que se *"toman decisiones que marcan sus vidas"*.

Finalmente el n. 261 viene a señalar que esta *"piedad popular"*, que penetra experiencialmente la vida espiritual de cada fiel es, por su misma esencia, también absolutamente personal debido a su carácter experiencial. No debe olvidarse que el fiel vive una

“viva experiencia espiritual” (n.259 fin). Por este mismo carácter experiencial, esta espiritualidad aunque se la viva en medio de una “multitud” no puede ser, sin embargo, una “espiritualidad de masas”. También el texto advierte que tales experiencias pueden darse en la vida cotidiana y no sólo en el Santuario. Porque en medio de la “lucha cotidiana” los fieles recurren a variados “signos del amor de Dios”, como puede ser “un crucifijo” un “rosario”, una “vela que se enciende para acompañar a un hijo en su enfermedad”, o un “padre nuestro musitado entre lágrimas”, o una “mirada entrañable a una imagen querida de María”, que los fieles pueden llevar consigo, o hacer algún gesto como “elevar una “sonrisa dirigida al Cielo, en medio de una sencilla alegría”. Actitudes y gestos diarios que pueblan la vida de nuestro catolicismo popular y que muestran los dones del Espíritu que alimentan la piedad de este pueblo en sus más variadas circunstancias. Esto ya nos habla de una auténtica “espiritualidad popular” y hasta de una “mística popular”, que ahora en el próximo apartado debemos desplegar más ampliamente.

## 2. La “Mística popular” en Aparecida

Nos toca ahora tratar el tema de la “mística popular”, tal como nos lo presenta el DA. El término “mística popular” aparece sólo una vez en el DA, al final del n.262, pero su problemática está tratada amplia y profundamente en la segunda parte de nuestro apartado 6.3.1 y abarca sus últimos cuatro números, que van desde el 262 hasta el 265 inclusive. Pero antes de introducirnos en el contenido de los mismos, debemos señalar que el tema de la “mística popular” es, sin lugar a dudas, uno de los aportes más significativos y enriquecedores de Aparecida. Al final del n. 262 el DA dice que la “mística popular” encierra dentro de sí un “rico potencial de santidad y justicia social”. El Documento no desarrolla explícitamente este concepto de “mística popular”, en su esencia y en relación a otras místicas cristianas, pero sí la enmarca como la fuente surgente de la que brota la “religiosidad popular”, que le da su marco, tal como lo hemos visto más arriba, y que se muestra acabadamente en las características en las que se perfila la “espiritualidad popular” de este pueblo fiel, que ya los apartados anteriores del DA comenzaron a explicitar. Pero antes de iniciar este análisis es conveniente clarificar, aunque sea muy someramente, el significado que tiene el término “mística cristiana” y que



es sobreentendido en este texto de Aparecida, en orden a comprender con posterioridad lo que significa “*mística popular*” en el DA. Dada la complejidad del tema nosotros daremos aquí sólo algunos de sus principales elementos<sup>6</sup>.

La mística en general hace referencia a una experiencia espiritual que vive el sujeto humano al ser introducido en el Misterio sagrado, que se le concede por solo la Bondad divina en su total gratuidad. Este Misterio es el Misterio del amor de Dios, que irrumpe con tal fuerza y evidencia en la vida del creyente que este en su libertad no puede menos que abrazarlo y hacerlo suyo. A partir de ese momento el creyente siente que se halla incorporado y conducido por ese Misterio. Es la experiencia de Abraham y de Moisés en el Antiguo testamento. Será la experiencia de Pablo en el camino a Damasco. La experiencia mística es rica en vivencias, que afectan a todas las esferas del sujeto, tanto lo corporal como lo espiritual, desde la sensibilidad hasta lo imaginativo, pasando por lo efectivo, lo intelectual y lo volitivo. Esa experiencia es tan rica que no puede ser expresada adecuadamente y por tal motivo es inefable. Por eso muchas veces se expresa a través del lenguaje simbólico. El individuo, que vive a fondo esta experiencia espiritual, se torna receptivo ante lo Divino y sus potencias se vuelven “*pasivas*” a fin de que el Espíritu obre en él sin encontrar ningún obstáculo. Por eso, en realidad, esa “*pasividad*” del individuo se reviste ahora de una nueva actividad, movida y conducida por el Espíritu, que lo vuelve mucho más activo y creativo en orden a edificar al Reino. En esa experiencia mística el individuo se ve enriquecido por nuevas relaciones con Dios y con el prójimo. El fiel conducido por el Espíritu avanza en los caminos del amor, se hace menos discursivo y se dirige con la mayor de las simplicidades a las persona Divinas a las que sabe tratar familiarmente, como un amigo trata con un amigo. Adquiere una “*sabiduría del amor*”, que no es fruto del saber ilustrado, la cual lo permite vincular todos los acontecimientos humanos al Misterio de Dios, sabiduría que el mundo no puede dar ni comprender. Esa será la experiencia mística del indiecito Juan Diego en las apariciones de Guadalupe. Esa experiencia viene asociada muchas veces con experiencia senso-espirituales como son

<sup>6</sup> Para un tratamiento más amplio véase nuestro trabajo: *La mística popular*, Buena Prensa, México, 1ª edición, mayo de 2006.

las que se expresan en el “derramar lágrimas de amor”, el de tener “hablas o el de escuchar palabras interiores”, el de experimentar “toques” y otras sensaciones ligadas a los “sentidos espirituales”, que son como las antenas del místico. Pero también el místico al lado de sus consolaciones por la presencia sentida y cercana de Dios, experimentará muchas veces su ausencia en el total desamparo de su soledad, que le hará gemir como lo describe admirablemente San Juan de la Cruz al comienzo de su “Cántico Espiritual”: “Adónde te escondiste, amado, y me dejaste con gemido”<sup>7</sup>. Y esta experiencia de la “noche oscura” del alma no es una experiencia exclusiva de los grandes místicos como San Juan de la Cruz o de Santa Teresa, sino que es patrimonio también de los humildes y sencillos de nuestro pueblo que también viven con intensidad esos estados de consolación y de completo abandono. Pero la presencia de estas pruebas de consolación y de ausencia están ordenadas a acrecentar la experiencia de amor, de unión y de transformación en Dios, que vive el místico con total incondicionalidad. Será la experiencia del amor que se da entre el esposo y la esposa en el “Cantar de los Cantares” o en la “mística nupcial” entre el Amado y la Amada, tal cual la plasmó admirablemente San Juan de la Cruz o una Teresa de Ávila, o como lo expresaba en otros términos e imágenes Teresita del Niño Jesús en su “Historia de un alma” al proponer su “Caminito santo”, el de los pequeños, humildes y sencillos, que son transfigurados en Cristo y por Cristo en ese mismo caminar. La “mística popular” de nuestros pueblos latinoamericanos y caribeños no puede menos que inscribirse en esta historia de la mística cristiana con sus peculiares características, que el DA esboza a través del concepto de “espiritualidad popular”, y que ahora pasamos a profundizar.

Nos toca ahora presentar los grandes lineamientos que hacen a la “espiritualidad popular” y la “mística popular” tal como se despliegan en la segunda parte de nuestro apartado 6.1.3 del DA desde el número 262 al número 265 inclusive. El número 262 comienza con una importante observación. Se trata de la profundización de la fe encarnada en la cultura y en la “forma de vivir de nuestros pueblos” (Ibid.). El DA afirma que esa profundización de la fe sólo puede darse “si valoramos positivamente lo que el Espíritu santo ya ha sembrado” (Ibid.).

<sup>7</sup> S. Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*, 1



Allí se reconoce que la *"piedad popular"* es un fruto de la acción del Espíritu Santo que hunde su accionar en el alma inculturada de nuestros pueblos y que cualquier crecimiento posterior de esa fe debe tener en cuenta esos logros del Espíritu. Por eso si a veces se dice que esa vida en el Espíritu de nuestro pueblo fiel debe ser *"evangelizada o purificada"* no se quiere decir que esas formas de la piedad popular están desprovistas de la *"riqueza evangélica"* (Ibid.). Al contrario con ello sólo se quiere exhortar a que los *"miembros del pueblo de Dios"*, siguiendo los ejemplos de María y de los santos, *"traten de imitarlos cada día más"*. (Ibid.). De ahí la importancia de alimentar la fe popular con *"un contacto mas directo con la Biblia"* y con los *"sacramentos"*, en particular con la *"Eucaristía"*, todo lo cual será de gran ayuda para vivir el *"servicio del amor solidario"*. Y el número 262 se cierra con la ya conocida mención de la *"mística popular"* al decir: *"Por este camino, se podrá aprovechar todavía más el rico potencial de santidad y justicia que encierra la mística popular"* (Ibid.).

El siguiente número del DA, el 263, va a hacer mayor hincapié en defender la riqueza que se encuentra en esta *"mística popular"*, expresada a través de la *"espiritualidad popular"* y de la *"piedad popular"* que viven nuestros pueblos y que de ningún modo puede ser considerada *"un modo secundario de la vida cristiana"* (Ibid.). Vale la pena atender a la totalidad de este texto para valorar la acción del Espíritu Santo en la vida de nuestro pueblo, presencia y acción que lo hace *"místico"*, *"espiritual"* y *"devoto"*. Lo hace *"místico"* al estar este pueblo inmerso en el Misterio divino que ha interrumpido en su vida y que lo transforma y lo eleva completamente. Lo hace *"espiritual"* en la medida en que este pueblo es *"conducido por el Espíritu"* y lo hace *"devoto"* en la medida en que este pueblo se expresa mística y espiritualmente por las expresiones de su piedad popular. He aquí el texto del n.263 en su integridad:

*"No podemos devaluar la espiritualidad popular o considerarla un modo secundario de la vida cristiana, porque sería olvidar el primado de la acción del Espíritu y la iniciativa gratuita del amor de Dios. En la piedad popular se contiene y expresa un intenso sentido de la trascendencia, una capacidad espontánea de apoyarse en Dios y una verdadera experiencia de amor teologal. Es también una expresión de sabiduría sobrenatural, porque la sabiduría del amor no*

depende directamente de la ilustración de la mente, sino de la acción interna de la gracia. Por eso, la llamamos espiritualidad popular. Es decir, una espiritualidad cristiana que, siendo un encuentro personal con el Señor, integra mucho lo corpóreo, lo sensible, lo simbólico, y las necesidades más concretas de las personas. Es una espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos, que, no es por eso, menos espiritual, sino que lo es de otra manera”.

Este magnífico texto es una excelente síntesis de todo lo que hemos expresado anteriormente cuando nos hemos referido a la “mística popular” y a la “espiritualidad popular”. Afirma la primacía del Espíritu en todos los procesos y manifestaciones que hacen a la vida espiritual y que se expresan muy particularmente en la “piedad popular”. En esta “espiritualidad popular” está presente también aquella “sabiduría sobrenatural”, fruto del amor y no de la ilustración de la mente, de la que hablábamos más arriba, cuando caracterizábamos los rasgos de la vida mística en la experiencia espiritual de los creyentes. En fin esta “espiritualidad popular” embebida en sus raíces místicas y con sus propias peculiaridades es una genuina “espiritualidad cristiana” donde sabe integrar el “encuentro personal con el Señor” con lo “corpóreo, lo sensible y lo simbólico, y las necesidades de las cosas”, tal como también lo veíamos más arriba al caracterizar lo místico. De este modo esta “mística popular” y esta “espiritualidad popular”, puede decirse y así lo afirma el final de este número 263, es una “espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos, que, no por eso es menos espiritual, sino que lo es de otra manera”. La frase da una pista para calificar a esta “mística popular” con el nombre de “mística de los humildes y sencillos”, que es una mística de amor, aunque expresada con otros símbolos bien diferentes de las “místicas esencialistas”, muy despojadas de todo lo sensible, pero también cristianas, tales como las que expresaron el Pseudo Dionisio Areopagita a fines del siglo VI en su “Teología mística” o Meister Eckhart en los tiempos medievales y también bien diferentes, en otros aspectos, con las “místicas nupciales”, arriba mencionadas, de un San Juan de la Cruz o de una Santa Teresa de Ávila.

En el número siguiente, el 264, se realza el rol de la Piedad popular, que al estar encarnada y percibir “las hondas vibraciones de la América profunda” se hace misionera y apta para transmitir la fe en “el ambiente de secularización que viven nuestros pueblos”.



En el último número de este apartado, el 265, se agrega una última nota que caracteriza a la *“espiritualidad popular”* muy ligada a la pasión de Cristo, al señalar con una expresión muy fenomenológica extraída de la *“piedad popular”*, que *“nuestros pueblos se identifican particularmente con el Cristo sufriente, lo miran, lo besan o tocan sus pies lastimados como diciendo: Este es el ‘que me amó y se entregó por mí’ (Ga 2, 20).”* (Ibid.). Esta es otra característica de nuestra mística popular latinoamericana y caribeña, que no puede dejarse de lado. Se da una identificación muy íntima entre el Cristo sufriente y el pueblo sufriente. Los fieles, *“muchos de ellos golpeados, ignorados, despojados no bajan las manos”* y al visualizar en esas imágenes sufrientes de Cristo su propio drama y dolor, se *“aferran al inmenso amor que Dios les tiene y que les recuerda permanentemente su propia dignidad”* (Ibid.). El número termina con una delicada alusión a María, en quien estos fieles encuentran en su rostro *“la ternura y el amor de Dios”*. Y en otro rasgo místico, en clara referencia a la Virgen de Guadalupe, la Virgen les *“hace sentir a sus hijos más pequeños que ellos están en el pliegue de su manto”*. Ahora desde Aparecida invita a sus hijos *“a echar las redes en el mundo, para sacar del anonimato a los que están sumergidos en el olvido y acercarlos a la luz de la fe. Ella, reuniendo a los hijos, integra a nuestros pueblos en torno a Jesucristo”* (Ibid., fin). A partir de allí el DA le dedicará todavía a la Virgen un nuevo apartado, el 6.1.4 a *“María, discípula y misionera”*. Pero lo dicho hasta aquí es más que suficiente para ver cómo la *“piedad popular”* está íntimamente vinculada con la *“espiritualidad popular”* y con la *“mística popular”*, que era parte de nuestro objetivo inicial. Ahora nos falta ver esta misma vinculación con la *“pastoral urbana”*. Esta es la última tarea a la que ahora debemos abocarnos.

### 3. La *“Pastoral urbana”* en Aparecida

La *“pastoral urbana”* recibe un tratamiento especial en el DA en su capítulo 10, titulado *“Nuestros pueblos y la Cultura”*. Se le consagra allí todo un apartado, el 10.6, titulado justamente *“La Pastoral Urbana”*, que comprende 11 párrafos, de los cuales los diez primeros (nn. 509 al 518 inclusive) están destinados a tratar específicamente la problemática de la *“pastoral urbana”*, y el restante, el n.519, está dedicado a la *“pastoral rural”*. Prueba evidente de la importancia que ha tomado la *“pastoral urbana”* en estos últimos años en nuestros



países y naciones latinoamericanas y caribeñas. Se ha llegado a decir que cerca del 80 % de sus poblaciones viven en ciudades, debido en gran parte a las migraciones provenientes del mundo rural o de otras regiones y países, que han venido en búsqueda de mejores condiciones de vida y de trabajo.

Está fuera de nuestro propósito estudiar en su detalle y en la totalidad de sus aspectos esta nueva realidad de la *"pastoral urbana"*, pero sí queremos acercarnos a ver y a escuchar lo que nos dice el DA sobre esta nueva problemática por demás compleja. Y muy especialmente nos interesa examinar cómo se vincula este nuevo fenómeno de la *"pastoral urbana"* con los anteriores de la *"piedad popular"* y de la *"mística popular"*, tal como lo habíamos propuesto al inicio de este trabajo.

Lo haremos siguiendo de cerca nuestro método fenomenológico de acercamiento a estas nuevas realidades pastorales que nos plantea hoy la ciudad. Método que no es sólo descriptivo de lo simplemente humano que "aparece", sino que, además, está atento para percibir el "Misterio" que se esconde y se manifiesta en las entrañas misma de la ciudad. Este último aspecto será muy importante porque permitirá que podamos vincular sin distorsiones ni artificialismos la problemática de la *"pastoral urbana"* con los temas anteriores de la *"piedad popular"* y de la *"mística popular"*.

El apartado que nos ocupa puede leerse y es conveniente hacerlo bajo las modalidades del método *"ver, juzgar y obrar"*. Al *"ver"* le corresponden los números que van del 509 al 513 inclusive. En esta sección se describen las principales características que presentan hoy las ciudades contemporáneas y hacia el final se describe la posición histórica de la Iglesia frente a las ciudades y los desafíos que hoy se le presentan a su tarea evangelizadora. Al *"juzgar"* le corresponden los números que van del 514 al 516. Esta parte es, quizás, para nosotros la más importante porque aquí se muestra un *"juicio"* iluminado por la fe y que nos permite lograr profundidades no alcanzables anteriormente y que tienen que ver con el "Misterio" que habita en la ciudad, tal como después exponremos en su detalle. Finalmente al *"obrar"* le corresponden los números que van del 517 al 518 inclusive y que tratan de lo que el DA llama *"nueva pastoral urbana"* y donde se



presentan en apretada síntesis una multitud de aspectos o *ítems* que la nueva pastoral urbana deberá tener en cuenta en el futuro a fin de renovarla con una nueva evangelización que llegue a todos los sectores y ambientes de la ciudad y muy particularmente a su corazón, que lo conforman sus habitantes. Pero no nos demoremos más. Haremos una rápida pasada por el “*ver*” de la primera parte. Para, luego, detenernos más en el “*juzgar*” a fin de contemplar y adentrarnos en el “*Misterio*” de la ciudad. Descubierta este “*misterio*” y habiéndolo vinculado con la “*piedad popular*” y la “*mística popular*” podremos finalmente asumir en el “*obrar*” los nuevos desafíos, que nos propone esta “*nueva pastoral urbana*”.

El apartado de la pastoral urbana se abre en el n.509 con un análisis sociológico de nuestras grandes ciudades que son “*laboratorios de esa cultura contemporáneas compleja y plural*” (Ibid.). Por esto el n. 510 nos dice que las ciudades se han convertido “*en el lugar propio de nuevas culturas que se están gestando e imponiendo un nuevo lenguaje y una nueva simbología*”, problemática que se “*extiende también al mundo rural*” (Ibid.). Problemática a la que deberá responder también la “*piedad popular*”, que para actualizarse deberá asumir creativamente esos nuevos lenguajes y símbolos, so pena de quedar desactualizada. A continuación el n. 511 dirá que “*en el mundo urbano, acontecen complejas transformaciones socioeconómicas, culturales, políticas, religiosas que hacen impacto en todas las dimensiones de la vida*” (Ibid.). Estos serán nuevos desafíos para la “*pastoral urbana*” que serán respondidos más adelante cuando se proponga poner en “*obra*” una “*nueva pastoral urbana*”. Iguales desafíos serán los que presenten las “*ciudades satélites y los barrios periféricos*”. En el n. 512 se hace una apretada referencia en base a breves contraposiciones de la compleja multiculturalidad de nuestras actuales ciudades donde cohabitan en un mismo espacio diferentes imaginarios sociales. Finalmente en el n. 513 se hace una consideración en relación a la posición que tomó la Iglesia frente a las ciudades a lo largo de su historia, en la que se nos recuerda que la Iglesia neotestamentaria se inició en “*las grandes ciudades de su tiempo*”. Hoy el desafío no es menor ante las nuevas metrópolis. De ahí la realización a nivel eclesial de nuevas experiencias para salir al encuentro de esos desafíos, aunque el DA reconoce que se plantean en diversos lugares “*actitudes de miedo ante la pastoral urbana*”,



como así también se notan *“tendencias a encerrarse en los métodos antiguos y de tomar una actitud de defensa ante la nueva cultura”* y tampoco faltan *“sentimientos de impotencia antes las grandes dificultades de las ciudades”* (Ibid). Todo ello hace que se necesite un fino sentido de discernimiento en el Espíritu para juzgar esta nueva problemática. Es lo debemos examinar más de cerca en la segunda parte de nuestro apartado dedicado al *“juzgar”* y que nos pondrá en contacto con una visión más profunda del fenómeno de la ciudad a la luz del Misterio que habita en la ciudad.

El número 514 se abre con una consideración importantísima que nos proporciona la fe: *“Dios vive en la ciudad”*<sup>8</sup>. Este es un presupuesto para cualquier pastoral urbana que se quiera emprender. Veamos ahora más en detalle qué significa esta afirmación. Este habitar o vivir de Dios en la ciudad no es primeramente un habitar meramente físico, como sería de una persona que habita en un espacio determinado. Incluso no habita porque haya alguna estatua erigida en honor a Dios o porque se lo honre en el Sacramento eucarístico. El texto no niega estos signos, pero comienza por poner en relieve algo insospechado para muchos al afirmar que Dios habita en la ciudad *“en medio de sus alegrías, anhelos y esperanzas, como también en sus dolores y sufrimientos”*(Ibid.). No es un habitar incontaminado de Dios, sino en íntimo contacto y hasta identificación con las más y contradictorias experiencias humanas como son las de la alegría y las del dolor. Y más aún el texto insiste para que veamos la presencia de Dios en las mismas *“sombras que marcan lo cotidiano de las ciudades, como por ejemplo, violencia, pobreza, individualismo y exclusión”* (Ibid). Situaciones tremendas que llegan al límite del dolor y del abandono, como la que sufrió el mismo Cristo al decir en la Cruz: *“¡Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?”* (Mc. 15, 34). Situaciones terribles, pero en la que sigue estando Dios, porque aún cuando Cristo, en cuanto hombre, no lo sintiera, su Padre estaba junto a El y lo consolaba, conuelo que le hizo decir a Cristo antes de su muerte: *“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”* (Lc. 23,46). Esas mismas realidades, que también se dan de múltiples maneras en nuestras

<sup>8</sup> Véase nuestro artículo *“Dios habita en la Ciudad”* (Revista CIAS, Buenos Aires, setiembre-octubre 2007, también está en Internet). Ponencia presentada en el Primer Congreso Internacional de Pastoral Urbana *“Dios habita en la Ciudad”* realizado en México del 6 al 9 e agosto de 2007..



ciudades “no pueden impedirnos que busquemos y contemplemos al Dios de la vida también en los ambientes urbanos” (Ibid.). Dios no es sólo el buen samaritano que se conduele con la víctima tirada al borde del camino, sino también es la misma víctima que yace golpeada, a la intemperie y en total desamparo.

Pero también al lado de estas lamentables situaciones la parte final del número 514 nos invita a ver también en nuestras ciudades otras situaciones abiertas a la “libertad y oportunidad”, propicias a la convivencia, a la fraternidad y a la solidaridad, donde “el ser humano es llamado constantemente a caminar siempre más al encuentro del otro, convivir con el diferente y aceptarlo y ser aceptado por él” (Ibid.). En todas estas experiencias también habita Dios. Esta mirada contemplativa del Misterio de Dios en nosotros y en la ciudad nos la da la fe, con la que se penetra en lo más profundo de las experiencias humanas. Pero esta mirada de fe no tiene todavía la claridad de la visión, propia de la vida bienaventurada, en la cual veremos las cosas tal cual son, sin ningún recorte o ensombrecimiento.

Por eso el número 515 nos introduce en el “proyecto de Dios”, que según el Apocalipsis se realizará “en la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo y venía de Dios, embellecida como una novia preparada para recibir a su esposo” (Ap. 21,2). Y un poco más adelante el texto de Aparecida cita por entero el texto de Ap.21,3-4, donde se habla de la ciudad como una realidad escatológica donde Dios habitará con los hombres, donde “ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos” enjugando las “lágrimas de sus ojos y no habrá ya muerte ni luto, ni llanto, ni dolor, porque todo lo antiguo ha desaparecido” (Ibid). Realidades que no son meramente futuras, sino que comienzan ya a realizarse en Jesucristo, que es el “Alfa y la Omega, el Principio y el fin” (Ap. 21,6) y que nos dice “Yo hago nuevas todas las cosas” (Ap. 21,5). La ciudad se hace así símbolo de Cristo y del Pueblo de Dios. Este pueblo de Dios ya está recorriendo la historia y muestra en sus entrañas los mismos signos que Cristo mostraba en su resurrección al extender su manos y mostrar su costado. Este Pueblo de Dios en el que acampa Dios es un “Misterio sagrado” oculto, pero que ya se muestra y se revela en parte en la “piedad popular”, en los numerosos rasgos que caracterizan a la “espiritualidad popular” y a la “mística popular”, tal como lo mostramos

más arriba. El fenómeno de la *"piedad popular"* no es privativo sólo de los medios rurales, sino que alcanza su última diafanidad en la ciudad, como nuevo símbolo que expresa las últimas realidades de la unión consumada entre Dios y los hombres. Este *"Misterio"*, que solo será develado al final de los tiempos, pero que ya está en pleno crecimiento en nuestra historia, debería ser el modelo básico a tener en cuenta cuando se quiere implementar la *"pastoral urbana"*. De nada valdría elaborar estudios sociológicos, que siempre son necesarios, para encarar una nueva pastoral urbana, si olvidamos el *"Misterio de Dios"* en la ciudad y en el cual estamos insertos. Como lo dice muy bien el número 516: *"La Iglesia está al servicio de la realización de esta Ciudad Santa"*. Y esto lo hará implementando toda una serie de iniciativas pastorales que vayan *"transformando en Cristo, como fermento del Reino, la ciudad actual"*.

El apartado dedicado a la *"pastoral urbana"* finaliza con el *"obrar"*, desarrollado en los números 517 y 518, en los cuales *"la V Conferencia propone y recomienda una nueva pastoral urbana"*. El número 517 propone en 11 *items* toda una nueva iniciativa para promover esa nueva pastoral urbana. Y el número 518 en 15 *items* trata la problemática de la formación de los agentes de pastoral y plantea la necesidad de integrar los elementos que deben acordarse para la formulación de una coherente pastoral orgánica de la ciudad. Temas amplísimos que no podemos abordar aquí y ahora por el limitado espacio que tenemos.

## Conclusión

Para concluir hacemos nuestros votos para que estos fenómenos de la *"piedad popular"*, la *"mística popular"* y la *"pastoral urbana"*, junto también a una *"renovada pastoral rural"* (n.519), en su diversidad, pero también en su vinculación y entrecruzamiento, tal como lo hemos mostrado en este trabajo, puedan seguir fecundando nuestras ciudades y sociedades. Será de la mayor importancia para el futuro que la Iglesia, sus agentes de pastoral y hasta el pueblo sencillo y humilde, que viven los carismas más variados de su vida mística, tomen una mayor conciencia de estos dones del Espíritu que los habita y los anima. El Documento de Aparecida nos mueve a ello. Esto permitirá que el Espíritu siga impulsando en la Iglesia y en el mundo las más



variadas iniciativas para responder de la mejor manera posible a los importantes desafíos que hoy el mundo contemporáneo nos plantea, para que transformando nuestras ciudades y sociedades con la fuerza del Espíritu vayamos, finalmente, paso a paso y sin claudicaciones, construyendo la Ciudad Santa, la Nueva Jerusalén, y que no es otra cosa que ir adelantando el advenimiento del Reino de Dios. La “*Misión Continental*” (n.551), que nos propone Aparecida, puede ser una buena oportunidad para ello.